



PLANETA

CONTEMPORÁNEO

CARACAOS

LARRY MEJÍA

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Fotografía de cubierta: *Perro rabioso* de Leo Matiz, 1945,
© Alejandra Matiz. Acervo de la Fundación Leo Matiz.

© Larry Mejía 2017

© 2017, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-6122-9

ISBN 10: 958-42-6122-3

Primera impresión: agosto de 2017

Impreso por: Editorial Bolívar Impresores S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

LARRY MEJÍA (biografía)

Larry Mejía (1983). Nació en Bogotá, Colombia. Ha desarrollado una carrera como actor de cine y televisión en su país, obteniendo los premios India Catalina y el T.V. y Novelas en 1991 y 1994. Alternando su profesión como actor fundó el movimiento Negacionista de poesía. Ha publicado las novelas *El demolidor de Babel* (2010) y *Caracaos* (2012), así como la antología *Una llama al viento* (2011) del escritor Porfirio Barba Jacob, y el libro *Poetas que hay que morir antes de leer* (2013). Ha sido reconocido con premios de poesía y novela en Colombia, Suiza, España y México, país donde reside al día de hoy.

*A Juan Calzadilla, Orlando Pichardo,
Jota Mario Arbeláez
Nereida Asuaje, José Zambrano,
De Sousa Teixeira Jordao Salvador
y Suander Alioska Lerrolle Holguín.
A Jorge Gaitán Durán, por toda la luz.
A Daniel Ferreira por la utilidad de sus oficios,
a la familia Silva Giraldo
y a la familia González Suriel.*

Para Tomas Forsberg.

Yo también cambié de patria en mi juventud.

Jorge Gaitán Durán

ÍNDICE

Caracaos I	18
Caracaos II.....	28
Caracaos III.....	38
Caracaos IV	48
Caracaos V	60
Caracaos VI	72
Caracaos sie7e	81
Caracaos VIII	102
Caracaos IX.....	112
Caracaos X.....	122
Caracaos XI	126
Caracaos XII.....	138
Caracaos XII o XIV perdí la cuenta	150
Más caos.....	156

Nadie me espera. Era de esperarse. Ni una recepción de Naciones Unidas salvadoras de mundos, ni una ONG francesa de humanismo irreprochable, ni Derechos Humanos o las Abuelas de Plaza Mayo, no es la OEA, ni Acnur. No es la Cruz Roja, tampoco la Cruz Verde o la Cruz Negra Anarquista, o los Cascos Azules, ni la ETA, ni las Farc, no son las AUC, o Amnistía Internacional, ni la Sociedad Protectora de Animales; nadie, ninguno de los anteriores; no son los comunistas, porque no soy comunista, ni los simbolistas porque no soy simbolista, o SOS Esclavos, ni los liberales, pues no soy liberal, ni los conservadores, porque tampoco soy pendejo, ni la CIA o la DEA. Ni La KGB, o el IRA. Ni *Human Rights Watch*, la Otan, o la Unesco. No hay nada, nadie, alguien, ni comitivas, ni banderas, ni recepciones, ni políticos, ni artistas, ni intelectuales porque no soy intelectual, ni cadenas de noticias, pues no soy periodista, ni modelo, ni cantante, ni presidente. No hay reporteros, ni militares fratricidas, no hay reinas de belleza desfilando sus tetas y su ignorancia, ni ministros exhibiendo su desidia; no hay delegación nacional o internacional, no está Unasur, no hay médicos, ni enfermeras, no hay antesala ni protocolo, no suena el himno de ninguna patria, ni se levanta vaporosa la bandera del General Francisco de Miranda, nadie se pone la mano en el pecho, no hay sacerdotes rezando el credo o el padrenuestro, no hay curiosos ni limosneros, nadie aparece para recibirme, ni los rojos, ni

los azules, ni los amarillos, ni los blancos, ni los pobres, ni los ricos, ni los estafetas, ni los negros, ni los verdes, ni mis hermanos, ni mis paisanos o mis vecinos; debe ser porque yo no soy ni blanco ni negro, ni mulato ni zambo, ni amarillo, ni criollo ni San Bernardo, ni asesino, ni muerto, ni político o guerrillero, ni amnistiado o jubilado, ni enfermo, ni Lázaro resucitado y, como además yo nunca he robado, despojado, matado, traficado, vendido, torturado, secuestrado, mentido, atentado, esnifado, procesado, cultivado, inoculado en nombre de ninguno de los anteriores, ni en el mío propio, desde luego a mí no pueden esperarme o recibirme los supuestos benefactores de la paz y el pueblo. Por el alto delito de ser un nadie, uno más, no me he hecho merecedor de las incursiones que tanto reparten estas democracias a los sembradores de votos y cocaína, de promesas y muerte.

A mí, apenas, a duras penas, a las penas mías, de entre el polvo que se levanta a mi paso, reverberando un sol inclemente, me saluda un aviso socarrón, el cual, erigiéndose sobre el amarillento hervor de la tierra, deja leer la siguiente frase: *Puente Internacional Simón Bolívar. Bienvenidos a Venezuela.*

Con todo el horizonte de encontrar mejores horizontes y abandonar una patria que traigo años cargándome, en un bus blanco de dos pisos de la empresa Expreso Flamingos entro a la Venezuela *lonja de artistas*, sobre la que tanto tiempo me habló mi papá, con además un par de zapatos Converse viejos y algunos libros inéditos que vengo a publicar en este país pues en el mío no pude. Allá nadie puede nada, nada que no sea armar un guerrilla o poner

una bomba, o exportar cocaína, o prevaricar, o falsificar, o mentir, o violar, o matar o descuartizar.

Esta vez mi norte sí es el norte, no como cuando viajé a Ecuador, donde viví por dos hermosos años y donde en vano intenté olvidar a Colombia, haciéndome sin querer más colombiano cada día porque, como digo siempre y repito aquí: la verdadera Colombia es la que está por fuera de Colombia, haciendo patria con pedazos de pasado y con pedazos a veces de su propio cuerpo. Pero de mi país ni hablar, no hay caso. Ha quedado atrás de este puente mugriento y polvoroso, que ya pronto a mi paso va a caerse, sobre el cual, a falta de honestidad, paz y democracia, han hecho últimamente vulgares y multitudinarios conciertos, con lo más brillante de nuestra música estruendosa. Dándole al pueblo circo, pues aquí, allá del otro lado, hace tiempo que no hay pan.

Voy entrando de mañana, voy pensando sin dormir en horas, en días, en los dos días que llevo viajando por tierra, atravesando Colombia y ahora Venezuela, voy rumiando el futuro como vaca de ojos grandes que avanza mirando al suelo, voy devorando el tiempo que sigue, el que desconozco, el que me espera, dejando atrás esas montañas que son fronteras a los ojos de mis sueños, voy en este funeral de ser colombiano, sin estar muerto, voy deshaciendo los tiempos, en tanto invento uno nuevo, el mío, el de la libertad, el de un nuevo éxodo. De entre el silencio, que como laberinto viví, voy saliendo cual sombra que resignada mira al sol de soslayo. Entro a Venezuela, nuestro país hermano, otro de tantos que todavía no cierra sus puertas a la migración

de mi país, la cual inunda al mundo sin descanso con su tráfico inacabable de fantasmas y desastres.

Los libros que escribí, y casi trescientos ajenos, en cajas viejas de Chocolate Sol, escritos por mis mejores amigos, (gente que desde luego no conozco), veinticinco años entre este pantalón, el futuro por delante y la muerte en todas partes. Son mi equipaje y de paso mis ases bajo la manga, mi inventario, el recetario con el que espero tragarme el mundo desde Venezuela, *la rica, la mil veces rica, la riquísima, lonja de artistas mecenas estrellado...*

Es poco lo que conozco de este país, fuera de su literatura, a pesar de que es la segunda vez que entro en él, la primera fue hace algo más de un año, cuando me invitaron al Festival de Poesía de la Universidad de Carabobo, en Valencia. En esa ocasión pasé nada más que diez días aquí, el tiempo suficiente para querer venirme a vivir en estas tierras, el tiempo suficiente para decidir dejar atrás esas otras tierras que ya nada me dicen y que en nada me alimentan. Hace muchos años que, de ausencia en ausencia, Colombia se transformó en un lugar de paso, como un puerto de fantasmas, no solo para turistas, sino para propios, quienes regresamos de cuando en vez con la sensación de ya no pertenecer. Día por día el país se ha venido abajo y lo que uno conserva a la postre son pequeñas imágenes de un pasado, a lo mejor alegre, pero ahora brumoso y, además, irrecuperable.

Ese es el tiempo al cual intento dar término en este nuevo viaje. El tiempo que viví y el que no regresará, el que bien puede consumirme si me decido a permanecer.

Ahora pienso, ¿qué parte de nosotros es la que en realidad hace el viaje?, ¿es el cuerpo nada más?, ¿es la intención?, ¿el deseo? Y por sobre todo, ¿qué es en tanto lo que permanece inmóvil jalándonos hacia el pasado?, no importa, con lo anterior al fuego y a la basura.

Adiós Colombia y adiós pasado, jaque mate al juego macabro de permanecer con vida en el lugar más irrazonable de la tierra. Adiós de paso a la familia y a los pocos amigos que todavía no han logrado irse a lavar platos o a aparcas coches en España o Estados Unidos. Adiós, adiós, ahí les dejo ese polvo que levanté sobre el Puente Internacional Simón Bolívar, ahí les dejo el recuerdo para que sigan viviendo de lo mismo: pedazos de nostalgia o carne, pues día por día ni la añoranza nos salva de lo que vamos dejando atrás. Atrás a lo lejos. Adiós señores del DAS que de mala gana sellaron mi pasaporte y con sorna indagaron por las intenciones de mi viaje, quédense y mátense entre ustedes con mi más sincero permiso.

Adiós Colombia entre montañas, madrigueras de asesinos y cultivadoras de cocaína, adiós Colombia patria enferma, dadora de lluvias infatigables y caudales de sangre, por los cuales me he resbalado para no morir. Voy a pedirte un favor: no me llames, no me busques, no me mandes tus sicarios, ni tus paramilitares, no me digas que me quieres, no me escribas. Trágate de una vez lo que se queda, gracias por nada, nos vemos en la otra vida.

CARACAOS I

... sobre su rostro, una revista ilustrada abierta, con un titular: "Caracas, ciudad de hombres solos". Ciudad, además, donde la soledad resulta intolerable; laberinto de contrastes, de pasos subterráneos, puentes, autopistas incandescentes y de lomas en ascuas y suburbios polvorientos, donde en ciertos instantes uno daría todo por escuchar una palabra fraternal o apasionada.

JORGE GAITÁN DURÁN

Hace tres días llegué a vivir a Caracas, la capital de Venezuela, la hermana bonita y rica de mi país pobre y feo, apenas abro los ojos y me repongo a las rutinas de tierra caliente que me son siempre tan ajenas. Yo vengo del frío, de entre montañas. Ahora debo ganar el pan con el sudor de mi frente, como ha sido y será siempre, pero esta vez, además, vendiendo pan y en el centro de Caracas, en la Pequeña Venecia.

Acabo de llegar, soy colombiano, normal, ¡qué novedad!, un colombiano más por fuera de Colombia la bella, y como

tal, como otros tantos, decenas, cientos, miles, millones, estoy aquí para escapar de Colombia, además de conseguir que me publiquen dos libros, o más, o por lo menos uno. Aquí el gremio editorial abre sus puertas a diferencia de mi país, tan culto, donde ni siquiera reciben manuscritos.

No puedo respirar bien, me falta el aire, hace mucho calor, mucho más del que puedo soportar, mucho más del que estoy acostumbrado a soportar, el aire es salino por la inminencia del mar, es un aire ácido que va calcinando de las narices hacia adentro todo lo que se va encontrando a su paso, es decir: desde los mocos hasta las ideas. El sol flirtea por doquier, incesante y juguetón, reverberando sobre las alas transparentes de las moscas verdes, que sobrevuelan las basuras multicolores de esta ciudad tan ajena. Pienso en Fito Páez y su canción del disco *Tercer Mundo*, que hablaba de Charly García entrando muchachos al Alba Caracas, pues ya no se llama Caracas Hilton, como decía ese disco que bastante escuché en mi niñez y que, sin saberlo entonces, tanto alimentaba los deseos de escapar. Los míos y los de todos mis compañeros de colegio, quienes ahora estacionan coches en España o lavan baños en Estados Unidos, como dije antes, reitero ahora y repetiré más adelante, al gusto y acomodo de mi nostalgia, odio y recuerdo.

De regreso a casa, a mi nueva casa, la que estoy estrenando, cien metros arriba del Palacio de Miraflores, sigo pensando o despertando, el último cigarro que me queda gira en el ojo de un *long play* de *Shelly Manne & His Friends* que compré por dos bolívaes debajo del puente de la calle Urdaneta, donde abundan los discos de larga duración y los libros antiguos. Aquí los libros y los discos son

baratos. Debe ser que nadie lee, ni escucha música; debe ser que todos leen y escuchan música. El cigarro Belmont cuesta los mismos dos bolívares que los discos, será más barato fumarme la música o los libros, que también son muy baratos, a diferencia de Colombia, donde somos tan cultos y generosos.

Pienso en el escritor Vallejo, en ambos, pero más que todo en Fernando. Quiero decirle que al parecer el dinero que donó de su premio Rómulo Gallegos de novela está bien invertido, pues los perros de estas calles se ven obesos y tranquilos, cargando ese envejecimiento prematuro del trópico, y a pesar del clima son vivarachos y golosos. Con sus hocicos negros, demasiado negros, escarban sobre las basuras profundamente multicolores que decoran la ciudad, basura y banderas rojas del PSUV, se ondean a la par por cada rincón en el que, en espera de frescos, intento poner mis ojos a ver si puedo al menos por un instante pensar con cabeza fría.

Pienso en Carlos, mi compañero en la panadería La Croisantina, donde comencé a trabajar hace dos días para unos portugueses. En el centro de Caracas, casi todos son portugueses o españoles, gentes escapadas de las guerras europeas que llegaron buscando paz a la que es hoy por hoy una de las ciudades más peligrosas del mundo. Ayer en la mañana, hablando con Carlos, mientras colocábamos los panes en el mostrador, que por cierto me ampollaron los dedos gracias al calor con que salen del horno, me dijo que ahorraría seis mil bolívares para irse a vivir a China.

—¿En China? —le cuestioné sobresaltado.

—En China —me confirmó decidido.

—Pero ¿por qué en China? —proseguí curioso.

—Porque allá tienen mucho rial.

Asentí mientras intento explicarme, qué puede buscar un joven de dieciocho años en China y, además, entre otras cosas, qué significa “rial”.

Le pregunté si hablaba mandarín, me aclaró que lo que hablan allá es “oriental”, le confirmé con la cabeza y callé, mientras Carlos argumentaba que poco le importa qué hablen, pues está seguro que allá —en China— hay bastantes venezolanos. Lo miré directamente a sus grandes y hermosos ojos indios, moví de arriba abajo mi cabeza y enmudecí, concluimos el tema y continuamos ubicando rudamente los panes sobre los anaqueles de madera dispuestos para ello.

De todas formas, ahora sigo pensando: ¡seis mil bolíva-res para irse a China!, es un viaje muy largo para encontrar paisanos, viendo que aquí no más y sin ir tan lejos hay muchos.

De cualquier forma, Carlos ya tomó la decisión, así que el asunto está cerrado. Buen viaje compañero.

A Carlos le dicen en la panadería “el guajirito”. Carlos es de Santa Bárbara, yo no conozco Santa Bárbara, es muy poco lo que puedo ver de Venezuela detrás de un mostrador, donde todo es afán por las cosas cotidianas. Todo me llega a través de percepciones puesto que tengo los cinco sentidos abiertos al paso del tiempo, de todo cuanto se me cruza, de la polifonía que a diario me satura los oídos, pues

aquí la gente habla gritando y sus gritos de tan altos, terminan pareciendo un canto.

Con la camisa pegada al cuerpo pienso, pienso que en Bogotá llueve sin descanso y siempre debo caminar mojado, esperando que la ropa se me seque en la piel. Aquí también llueve mucho, aquí ocurre lo mismo, el sudor que me empapa se me seca en la tez, pero aquí lo que llueve es sol, es decir, si por allá llueve por aquí no escampa.

Mi hogar en el barrio la Pastora es una antigua casa de estrechos corredores, por donde el sol entra tímidamente, casi no cabe el sol en nuestra casa, la cual es de paredes que otrora debieron ser blancas y hoy son amarillas, amarillentas, de puertas verdes, verdosas, y más o menos setenta alcobas, dos baños y un lavadero que nadie utiliza porque el agua llega dos veces a la semana, cuando llega. Es este lugar lo más parecido a una cárcel que conozco, teniendo en cuenta que jamás he estado en prisión; a lo mejor la imaginación se me queda corta o me sobrepasa. Aquí conviven conmigo, además de los inquilinos, más de ochenta, un sinfín de cucarachas, de una variedad bastante amplia, como nunca antes las había visto y en la habitación 46, veintitrés alcobas más allá de la mía, un vecino adquirió el dengue hemorrágico, lo mantienen aislado, le dejan un galón con agua en la puerta de su alcoba y se retiran rápidamente. Pienso que solo las cucarachas entrometidas, curiosas y mutantes, le estarán haciendo compañía.

El sol golpea insistente sobre este tejado de lata de mi alcoba que cruje y se retuerce, que se broncea y de paso me calcina la testa, haciendo de mi habitación un horno igual

al de la panadería en la que trabajo; seguramente de este cuarto saldré convertido en pan.

De fondo al calor, en mi pequeña habitación, suena reverberando un piano vertical, de nuevo es *Shelly Manne & His Friends*. Como yo recién llego a Venezuela “*his friends*” son mis únicos *friends*, es decir la música, a pesar de que ahora, a esta hora, no sea precisamente la lluvia la que le acompaña al piano, como lo es en el verso de Greiff, como anhelaría yo.

El lunes en la mañana, de camino a la panadería, vi en la vitrina de una tienda de flores un aviso muy curioso que rezaba así: “Se solicita señorita para hacer recuerditos”. Entonces pensé: ¿obvio no?, siempre que se solicita una señorita es, entre otras tantas cosas, para hacer recuerditos.

Pienso que no me siento capaz de ponerle el pie a ninguna de estas cucarachas, ni por grande o pequeña que sea. Las hay de todos los tamaños, pero su color es siempre el mismo, color marrón, aquí en Caracas, el marrón es lo que yo conozco como café, que allá en Colombia la gente mal conoce como tinto, y que a su vez en Argentina y Chile conocen como vino. Creo que vivimos mal comunicados en estas tierras, o que el español en sus múltiples colores nos permite nombrar y renombrar las mismas cosas a nuestro gusto y acomodo.

Sigo pensando al tiempo que veo los edificios de colores fatigados, casi cayendo sobre sí mismos, los cuales, en una burlona imagen de la vida me recuerdan a mí mismo, cayendo sobre mí mismo.

Subo tres esquinas y llego a la avenida Baralt. En esta ciudad, para cruzar cualquier calle y llegar a cualquier lugar sano

y salvo, debo poner vital atención a los cuatrocientos puntos cardinales, pues aquí, desde donde menos se lo espera uno, aparecen las dueñas de la noche, de la vida y de la muerte, del más allá, de las calles y las veredas, de los puentes y las rampas, de las esquinas y las escaleras, de la tierra y hasta del mar: las motocicletas. Estas por lo general avanzan en contra vía y por sobre el andén, indignándome el ánimo y la calma con su desafinado claxon; pero, por otro lado, me hacen reír las vulgaridades que el conductor profiere contra mí cuando me cruza por el lado, es gracioso, pues él debe creer que me dio una lección o algo parecido, así que después de refunfuñar, hace tres muecas, me enseña su dedo corazón y, al ver que no respondo, pisa el pedal de los cambios, pone primera, me grita algo que no entiendo, que defino como un impropio, y sigue hacia su abismo, mientras yo río tranquilo y sigo mi camino sin entender qué significa “mama huevo”.

Ya en la avenida Baralt, me hacen lances los fantasmas del pasado, los que siguen haciendo eco en la conciencia de Venezuela, y en la mía que no olvido, los fantasmas que disparan recuerdos y balas, por todos los puntos de la geografía que limita con el Puente Llaguno, donde chavistas y escuálidos se despacharon a tiros, con el visto bueno de los francotiradores gringos, quienes desde los edificios jugaban con la vida de los venezolanos para fundirle al petróleo incontables mares de sangre.

Llueve sol, sudo recuerdos. ¿Irse a China a buscar paisanos? Qué tipo raro es este Carlos, yo me vine para acá huyendo de ellos, de mis paisanos.

Ahora pienso en Fernando, de nuevo en ambos, los escritores antioqueños, mis paisanos, pero más que todo en

González, el brujo, el filósofo, el viajero. González, necesitó en 1935 seis mil pesos para venir aquí a hacer su *Viaje a pie* y de paso a cambiarse la nacionalidad, pues en aquel entonces ya veía él en Venezuela una tierra libre. Ese viaje con el que soñó don Fernando es el que hago yo todos los días sin seis mil pesos y sin un bolívar, así las cosas, setenta y cuatro años después hago el viaje a pie que hubiera querido hacer el filósofo antioqueño, desde la panadería La Croisantina en pleno corazón de Caracas, frente a la incandescente y bulliciosa Plaza La Candelaria, hasta mi casa en la esquina Paraíso, del barrio La Pastora, a una cuadra del blanco edificio de gobierno. *Siempre viajamos hacia el paraíso*, escribió en 1957 Jorge Gaitán Durán, hoy a fuerza de golpes sé sin duda que tenía razón.

Estoy creyendo que me colgué en el pasado, que soy la máquina del tiempo, de paso me siento intemporal, anacrónico, divagante, extenuado y, además, estoy cansado de desayunar, almorzar y cenar canillas con Ricomalt. El Ricomalt es un espesa y horrible bebida con sabor a espeso y horrible chocolate, las canillas son unos insípidos y larguiruchos panes mal hechos que vendemos en La Croisantina.

Suda el sol rayos que sondean mi alma, llueve un temporal de recuerdos. Ahora las moscas juguetean con el viento, en el viento. Sin el viento las moscas y los poetas vivirían aburridos. Seis mil bolívares para largarse a China. ¿Qué diría Bolívar?, ¿se prestaría para tan atrevido propósito nuestro insigne Libertador?

Dicen que Don Simón no bien llegaba a Cúcuta cuando la conspiración se armaba en Caracas, así que, sin medir distancias, se prestaba el Libertador a desmedirlas, a des-

andarlas. Pero al llegar aquí, sin desmontar siquiera, casi con el barrén trasero deshecho, con el faldón hecho papel de arroz, con la estribera pendiendo de la nada, la pléyade opositora en Bogotá, secundada por don Francisco de Paula Santander (primo lejano de José Asunción Silva), elucubrara en su contra, entonces, y sin desacomodar el freno, el apero y la cincha, debía cruzar o descruzar la Gran Colombia.

— ¡Arre caballo que las bestias humanas volvieron a descreer!, —pienso yo que le decía el Libertador a su animal.

Dicen que no bien llegaba Bolívar a Bogotá cuando en las faldas del Pichincha, los chuyitas quiteños urdían en su contra la mar de conspiraciones, entonces, y apenas apagando el incendio de las lenguas ulceradas bogotanas, cruzaba Simón, su bestia y sus ejércitos, el sur de mi país para bajar en Quito por la montaña empinada con su arremetida victoriosa. Dicen y dicen y dicen, y decimos. Ellos dicen que Bolívar era un gran hombre, yo digo que sí, sí era un gran hombre, y digo que además su caballo era un dios.

Pienso en los cuatro panes y el medio litro de Ricomalt a que tengo derecho al salir del trabajo, pienso que repartir pan es una de las cosas más bellas que me ha ocurrido en la vida, además de la poesía, que fue lo que me trajo aquí, dizque a publicar mis libros.

Pienso, repienso, despienso, abusando de la palabra pensamiento, disculparé el lector la muletilla. ¿Seis mil bolívares para irse a China? ¿Bolívar estaría de acuerdo con Carlos?, ¿dispondría sus tropas para esta nueva jornada? Sí, claro, desde luego, por supuesto. Carlos es un mu-

chacho muy honesto y soñador, no fue bueno dudar de sus intenciones, irse hasta China a buscar paisanos es lo más instintivo y sincero que a alguien se le puede ocurrir y mucho más en estos tiempos de olvido, además, y en últimas, siempre viajamos hacia nosotros mismos, como quien dice, o como digo yo: nosotros somos el paraíso.

Resumo, capitulo, pero al mismo tiempo empiezo mi jornada en Venezuela. En tanto concluyo que, por mis manos, por mis pies, por mi culpa, no morirá ninguna cucaracha, Carlos se irá a la China a encontrar venezolanos, Bolívar es el Libertador y el caballo es otro dios. Llueve sol y sudo recuerdos, vine desde tan lejos sin caballo, ni dinero, por lo único que se puede vivir en la vida y en Colombia y en cualquier mundo de los mundos que existen: vine buscándome, así que yo mismo me doy la bienvenida, la que no me ha dado nadie. Por lo tanto y, consecuente con lo anterior, resumiendo, reanudando, ya no pienso perseguirme.